

del raso rojo de su corsé que contrastaba voluptuosamente con la blancura mate de su pecho.

Y con una volubilidad encantadora, sonriendo siempre, les pidió permiso para terminar, cuestión de unos instantes; les rogaba que la dispensaran y que se sentaran donde pudieran, ya veían, los cuartos de las artistas eran invisibles. Hablaba frente á un espejo triple, y frente á una batería de frascos, cajas, cintas, medias de color arrojadas al descuido, una partitura de música; les accionaba echándose polvo en la cara ó componiéndose el peinado, mientras la camarera, de rodillas, le amarraba los lazos de los zapatos. En la pared, sobre las sillas, en el suelo, asomaban prendas de vestir, sombreros de varias formas, plumas, flores artificiales, ajadas y descoloridas por el uso, flores naturales en ramos y sueltas, con tarjetas prendidas á ellas; parecía la víspera de un viaje ó el día siguiente á una catástrofe. Sólo podían ser así las habitaciones de un loco ó de un actor. Carlos estaba en éxtasis, en muda admiración de esa criatura que se transformaba con una naturalidad alarmante, haciendo lo mismo de anciana que de colegiala, de campesina ó de dama; que lo mismo podía fingir el amor que el odio, el llanto y la risa, la inocencia ó la maldad. Ella, práctica en asuntos semejantes, realizaba sus gracias sin intención dañada, sin saber cómo andaba de fondos su reciente conocimiento ni los fines que llevaba, sólo por el placer de contar

con un adorador de más, placer al que no puede sustraerse ninguna mujer, aunque el adorador no valga la pena; representa una cifra y basta: asunto de cantidad.

En efecto, concluyó pronto su tocado; vióse de frente, de perfil, se blanqueó las manos y enderezando un rizo, fijando un alfiler, aumentando el escote, se volvió a ellos. Inicióse la conversación, una conversación pesada y monótona, arrastrándose con dificultad, perezosamente; llena de lugares comunes y de frases recortadas, las que se usan en las presentaciones; preguntas necias, repuestas incoherentes, asentimiento incondicional.

—¿Le agradaba México?

—Así, así; tenía sus cosas buenas, pero..... y en los peros se detenía, plegando los labios con desdén, creyéndose merecedora de multitud de fantasías, en realidad no porque las mereciera, demasiado que conocía su limitado alcance artístico, sino por lo mucho que se cuenta de la América, por las fortunas amasadas en unos meses por actores y actrices de más elevada talla.

—¿Y pensaba permanecer mucho tiempo?

—Nó, el de la temporada y nada más. Echaba de menos París, sus bulevares, sus atractivos, su movimiento, su animación. No podía pasársela sin él. Y con la seguridad de no verse desmentida, describía una existencia llena de encantos, de horizontes interminables de color de rosa; asediada por los

triumfos y por las ovaciones; víctima de obsequios y de pretendientes; radicada a perpetuidad en el pínaculo de la gloria; una existencia como la había soñado, como la anhelaba, aunque todavía se hallara tan distante, que a duras penas la vislumbraba en sus ratos de ambición, informe y desvanecida entre las incoloras brumas de su dudoso porvenir.

—Ah, París—saltó el periodista—aseguro á Uds. que para mí no hay ciudad en el mundo que pueda comparársele. Talento, belleza, arte, literatura, dinero, simplicidad, todo lo posee. Es como una madre consentidora que tiene reservada una caricia para todos sus hijos, y hasta para los amigos de sus hijos.

—Pues yo no la conozco—repuso Carlos con algún pudor—y no obstante que fuí educado en Inglaterra, no tuve oportunidad de visitarla.

—Conocerla materialmente—replicó el amigo—tampoco yo. Pero hombre, se dice tanto y tanto se ha escrito sobre ella, que como si la conociera.

La diva examinaba á Carlos; lo sondeaba con la mirada, adivinaba en él un esclavo y, por su apariencia, no le disgustaba. Era un chico aceptable. Interrumpióse bruscamente la plática; el segundo apunte introdujo la cabeza al recibidor, sin pedir permiso, sin importarle los visitantes, y con voz recia preguntó si podían comenzar. Se levantaron Carlos y el periodista para despedirse. Sonaba entonces el tercer toque, el definitivo. Ofreció-

se Carlos a las órdenes de la diva, reiterando agradecimientos por la acogida, y ella, mirándolo fijamente, con imperio casi, le exigió que fuera a saludarla con frecuencia allí y al hotel, sellando el pacto con un sincero apretón de manos, mientras, en señal de confianza, le abandonaba la izquierda al cronista, su inofensivo y desinteresado amigo.

Ya no le parecía el escenario inaceptable, ni el aire viciado, ni el alumbrado escaso, ni las coristas burlonas, ni impolítico el portero. Francamente, no se estaba mal; cruzó la escena con desembarazo, en línea recta, sin tropezar con nadie y á la salida invitó á una copa á su acreedor de favores.

Apareció la diva y Carlos trémulo y enamorado le dirigió el anteojo. Cosa singular la que notaba pero cierta, ciertísima; no era ilusión, era realidad deslumbrante de promesas venturosas; la cómica lo buscaba entre la multitud, y al descubrirlo le sonrió con disimulo y con simpatía; para él cantaba, por él hacía gala de su deliciosa coquetería, por él solo.

Reunióse al jefe en el vestíbulo, contento y satisfecho, como un muchacho que es dueño de un juguete de maquinaria complicada; no podía dominarse, el gusto le saltaba por los poros. Tentaciones le entraron de golpear amistosamente el vientre de su superior.

—¿Que qué le había pasado? Pues nada, visitó los palcos de familias amigas y por eso no se encon-

traron durante los entreactos. Bonita función, verdad? preguntaba insinuante para ocultar la turbación que le causaba su mentira.

¿Por qué mentía? No era obrar mal entablar relaciones de cualquier color con una mujer de teatro. Además, no reconocía en su jefe el arbitrario derecho de juzgar de su vida privada. Después de todo, qué podía significarle que lo hubieran presentado hasta con el apuntador, si tal era su gusto? Y no que colocándose en ese terreno falso, un día ú otro se aclararía la verdad, quedando él por una inocentada en la poco envidiable opinión de mentiroso. Mentiroso un tenedor de libros, qué monstruosidad! Retroceder hubiera sido peor, ahora no tenía otro recurso que sostener la engañifa. Se retiraron juntos hasta la esquina próxima departiendo, como era natural, sobre la compañía, la obra y su desempeño. Al jefe le había agradado aquello y prometía volver lo más á menudo que le fuera posible. Llevaría á la señora una que otra noche; les hacía daño desvelarse; era esclavo de sus costumbres y de la higiene.

Al separarse, le recordó á Carlos que el día siguiente era día de correo.

—Lo despacharemos—respondió éste. Buenas noches!

Y siguió á lo largo de la calle, medido en sus ilusiones, pensando en la Massé, figurándose en varios trajes, no todos honestos, cantando por lo ba-

jo lo que ella cantaba por lo alto, y mirando, con distraída indiferencia, la fila de carruajes en rápida y ruidosa retirada.

III

La temporada iba á ser muy corta; raras son las que se prolongan más allá de dos meses, y en tan poco tiempo, tenía que darse prisa para obtener lo que deseaba; no perder ni un día, ni un instante; arriesgar el todo por el todo con decisión, con energía, con audacia. Afortunadamente, se trataba de una mujer á la que se podía hablar sin andarse por las ramas ni mucho menos, yendo al objeto de una manera franca y abierta; sin preámbulos, ambages ni pudores. Velando las formas hasta cierto punto, esto es, quitando la rudeza de un pedimento á la rústica, pero quitando también los hipócritas miramientos de los que se hacen á la holandesa. Había que aprovechar el ofrecimiento y visitarla mucho, muchísimo. Estaba dispuesto á hacerlo diariamente, y supuesto que le abrían la puerta, á no desperdiciar la oportunidad, al contrario, asirse á ella con todas sus fuerzas, acariciarla en vez de dejarla pasar. Que el asunto no quedara por cortedad sino por largueza; prefería que le marcaran el alto á que lo tildaran de cándido, tanto más cuanto que no existían fundamentos para una llamada al orden; el negocio se presentaba no ente-

ramente seguro,—esos negocios nunca se presentan á las claras—pero sí con grandes probabilidades de éxito, que bien manejadas, harían éste indudable. Hasta la circunstancia de comer en la misma fonda lo favorecía notablemente; sobrarían pretextos á qué apelar para que las primeras visitas no aparecieran como traídas de los cabellos ni resultaran importunas.

Principió á hacerlas, tímido en las primeras, osado después, exigente al fin. Y ella, que lo había atraído, que lo incitaba á hacer tonterías, que reía de buena gana ante las declaraciones ardientes de Carlos, que lo dejaba apoderarse de sus manos en las que él imprimía besos desesperados como sus deseos, y temblorosos, mudos como su inexperiencia, comenzó á alarmarse al observar la fogosidad de su enamorado.

¿Dónde pararían con esos desmanes y con esas condescendencias?

Habíase convertido en su sombra, una sombra cargante, llena de súplicas y de obsequios modestos; que espantaba á los buenos partidos, los vanidosos y los pródigos; los pretendientes de una hora ó de una noche á lo sumo, que no discuten precio ni requieren amor, que se conforman pronto y se hastían más pronto todavía; los que convienen para ese contrato fugaz de la existencia. No podía entrar al cuarto de la diva sin toparse con Carlos sentado en un rincón del saloncito, con el sombre-

ro sobre las rodillas, sin chistar, mordiéndose los labios á cada galantería que los visitantes dirigían á Jeanette, sin fijarse en él, considerándolo como uno de tantos muebles puestos ahí de mala gana por el empresario, para cubrir grotescamente el vestidor de la artista. En ocasiones se llevaba un periódico que le sirviera para ocultar su cólera; extendíalo, y hundía la cabeza sobre los apiñados renglones con ganas de echar noramala á esos conquistadores de profesión; otras, se ponía á conversar con el mayordomo ó con la camarera, personajes los más allegados á su ídolo. Todas las noches se resolvía á poner término á tan indecorosa situación, á pedir de una vez, aunque se sacara una bofetada, le ardería menos que las humillaciones incesantes que voluntariamente se imponía, y sin embargo, en cuanto pisaba el escenario, adiós proyectos, adiós fuerza de voluntad, adiós vergüenza.

¿Qué culpa tenía ella ni qué podía reprochársele? Si á nada estaba comprometida, si con cada franqueza lo partía por la mitad, diciéndole en sus bigotes que lo quería como se quiere á un amigo acabado de conocer? Bonita amistad! De qué le serviría una amiga en el teatro? No era actor, ni autor, ni músico! Y luego, una cómica de paso; que hoy canta aquí, mañana allí; que en una parte la aplauden y en otra la silban; en todas conoce gente, mucha gente; enamorados, críticos, amigos y enemigos; que la seducen más las ganancias que los

aplausos; que apela á distintos trabajos para asegurarse un descansado futuro, y maliciosamente origina tempestades y dramas; convirtiéndose, por interés propio, en agente solicitador é irresistible del divorcio; que derrocha capitales, deshereda inocentes y no es perseguida por ninguna legislación! Estaba costeadado con la amiguita; si pudiera olvidarla, ó por lo menos, pasarse un día sin experimentar la necesidad de verla, de estar cerca de ella escuchándola, comiéndosela con los ojos, ya que desgraciadamente esa era la única manera en que lograba verificarlo; pero quiá, á fuerza de fuerzas asistía á su trabajo, víctima de inquietudes y de zozobras, dejándose el pensamiento y la vida al lado de ella, maldiciendo desesperado de su mala suerte que se complacía en alejarlo, que se complacía en exhibirlo en toda su pequeñez de empleado subalterno, de dependiente, de esclavo. Entrábale en ocasiones una ambición vertiginosa, inconmensurable, gigantesca; anhelaba poseer mucho, muchísimo; no se paraba en cifra, mientras más fabulosa fuera, mejor; así le sobraría para complacer sus menores caprichos, para tenerla siempre contenta, enamorada y satisfecha; ofreciéndole lo racional, que en cuanto á irrationalidades, bastantes le tenía obsequiadas con su cariño insensato y repentino.

Al fin hombre de orden, había logrado en tanto año de pupitre, economizar una suma menos que pretenciosa y más que modesta; producto de un

poco de privaciones sufridas pacientemente, con la esperanza de establecerse por su cuenta andando los tiempos, no muy de prisa para los que como él ansían que el sol les dé de cara. Ahora, le parecía grotesca y liliputiense; un equivalente de lo que Jeanette se ganaba á la semana, con cuatro patatas, dos muecas y una nota. ¿Para qué servía eso? Para nada, ó por mejor decir, para acabar de ponerse en ridículo. ¿Con qué cara y sobre todo, con qué discurso, iría á ofrecerle esos cuatro cuartos exigiéndole en cambio que abandonara el teatro, y los amigos, y sus costumbres? Sería preferible comérselos de arsénico, reventar en medio de la calle provocando la conmiseración pública y la caridad municipal.

Aunque bien mirado ...., sí había dado en el quid....., tres golpes á la dobla y á disfrutar,..... no, no, nunca, todo menos eso, ni con locomotora lo harían cambiar de opinión; le avergonzaba haberlo pensado, le hacía mal seguirlo pensando y estaba resuelto á no ceder un ápice.

De veras que las mujeres son peligrosas y capaces con una guiñada de ojos, de mandar á un pacífico masculino á la horca ó á presidio! Era mucho cuento ese, un colmo, una insolencia. No tenía más que una salida, un solo medio de salvación, un recurso supremo; que al jefe se le antojara enviarlo á cualquiera parte, con negocios de la casa en el otro extremo del país; á establecer una sucursal ó á em-

bargar los bienes de algún deudor moroso; á lo que quisiera, con tal de que lo quitara del fuego, le conjurara el peligro y le cegara el abismo. Porque lo sentía, iba resbalándose, hundiéndose sin que nadie le tendiera la mano, sin que nadie se doliera de él, mirando en lontananza un jurado ruidoso, con un juez brusco é hipocondriaco, un representante del ministerio público, novel, y por consecuencia sin misericordia; un defensor anciano en la carrera, con las ilusiones muertas y dos ó tres defensos lo mismo que las ilusiones; una sociedad ávida de escándalos—como todas las sociedades—y su nombre, inmaculado hasta entonces, lleno de lodo y de miseria. Y luego que Jeanette con su gracia y todo, no valía sacrificio semejante, qué había de valer; pero reflexiones y razonamientos huían con sólo el ruido que hacía la cómica al andar. Renunció á la lucha desde que se convenció de que le era inútil, no ya sostenerla, sino iniciarla.

Es cosa probada que lo que decide de un hombre, es que la mujer con quien tiene que encontrarse en determinado momento de la existencia, sepa valorizarlo.

Hay mujeres propicias y mujeres funestas, así como hay día y noche; ambas son necesarias; pero si al que le toca la segunda, carece de luz suficiente con que iluminar su ventura, apela al crimen y se convierte en incendiario.

El rico corre en estos casos el riesgo menor; para la noche tiene el gas; para la mujer funesta el oro.

Por desgracia, las mujeres propicias representan honrosa minoría; al cabo de un año, y entre noches y días nublados, vese pasar á los verdaderamente primaverales, tristes, silenciosos y solitarios.

Una tarde, que abandonó la oficina agujoneado por su deseo constante de pasarse el tiempo con ella, sufrió una contrariedad al acercarse al cuarto. Jeanette, despedía en esos momentos á dos individuos conocidos de ella, y de él, y de todo el mundo; dos señoritos, dos desocupados sin más profesión que realizar conquistas fáciles, sin otro objeto que divertirse con lo que primero se presenta. Se despedía y se despedía sonriéndoles, en un arranque exagerado de amabilidad, inundándolos á agradecimientos, no lo olvidaría nunca, estaba precioso y ella llevaba mucho tiempo de desear uno semejante, no sabía como corresponder; y ellos, con el sombrero en una mano y el bastón y los guantes en la otra, declinaban los cumplimientos, se deshacían a reverencias, despreciaban el regalo, nada valía, ni merecía que se mencionara, prometían exigir la correspondencia que generosamente se les brindaba, dándose de codo y aludiendo á cosas que escocían a Carlos, dejando adivinar la tal correspondencia, en lo que consistía.

—Una página de amor escrita sobre una piza-